

Expolit — Presentación de libros — A distribuidores y libreros (1 de 2)

Dr. Justo L. González



Expolit – Presentación de libros – A distribuidores y libreros

(1 de 2)

Muy buenas tardes. Quiero empezar agradeciéndoles no solo su presencia aquí, sino también el enorme servicio que ustedes, quienes se dedican a la publicación y distribución de literatura cristiana, nos hacen, no solamente a la iglesia en general, sino también a quienes tratamos de producir esa literatura. Hay un personaje en la Biblia a quien, como tan frecuentemente sucede, le prestamos menos atención que la que merece. Me refiero a Tíquico. Cuando en mis andanzas por las iglesias y en reuniones como esta pregunto acerca de Tíquico y de quién era, rara vez encuentro quien sepa darme respuesta. Frecuentemente se me dice que era el joven que se quedó dormido cuando Pablo predicaba en Troas, y se cayó de la ventana. Pero ese no era Tíquico, sino otro de nombre parecido, Eutico. Tíquico fue uno de los mensajeros que Pablo envió para hacer llegar sus cartas a sus destinatarios, como vemos, por ejemplo, al final de su Epístola a los Colosenses. Puesto que las cartas las escribió Pablo, poca atención le damos al mensajero que las llevaba. Pero si nos detenemos a pensarlo veremos que sin Tíquico u otras personas como él Pablo no habría escrito las cartas que hoy tanto apreciamos. Pablo escribía porque Tíquico y otros le hacían posible hacer llegar sus cartas a quienes Pablo quería que las leyesen. Luego, aunque es verdad que solamente sabemos de Tíquico por las cartas de Pablo,

también es verdad que si no fuera por Tíquico no tendríamos esas cartas. En cierto modo todos ustedes, quienes trabajan en la publicación y distribución de lo que otros de nosotros escribimos, vienen a ser nuestros Tíquicos. Sin ustedes, no tendríamos por qué escribir. Y sin embargo los libros llevan en las portadas el nombre de su autor, pero rara vez dicen algo en cuanto a ustedes los Tíquicos más allá del sello de la casa editora. Por eso quisiera empezar lo que voy a decir esa tarde dándoles las gracias por lo que día a día hacen por nosotros los autores, a pesar de que no se les da el crédito debido. Permítame entonces por lo menos dárselo yo ahora en esta tarde.

Por otra parte, al tiempo que es un placer y un privilegio estar aquí entre ustedes, también se me hace difícil hacer lo que se me pide, es decir, que diga algo acerca de unos libros míos que han sido publicados recientemente. Quizá algunos de ustedes se criaron en un ambiente diferente, pero cuando yo era niño si uno hablaba acerca de sí mismo decían que “no tiene abuela”. Son las abuelitas quienes se deben ocupar de hablar de sus nietos, de cuán buenos son, de su incomparable inteligencia, de sus salidas chistosas. Hablar uno de sí mismo y de lo que ha hecho o está haciendo no era bien visto, y de eso a mí todavía me quedan algunos

remilgos que me hacen difícil hacerlo, aun cuando se me invite a ello. Luego, con el perdón de mi abuelita, quien descansa en la paz del Señor, hago lo que me piden.

Los libros que hoy presentamos bien pueden dividirse en dos categorías diferentes, lo cual resulta obvio con solo mirar su tamaño y formato. Uno de ellos, la *Historia de la literatura cristiana antigua*, es más voluminoso, y por tanto parecería dirigirse a un público que bien puede ser algo diferente al que se interesará en los otros, que son más pequeños y tratan sobre temas más específicos. Sin embargo, aun este libro más extenso no está escrito con miras a lectores sofisticados, que buscan palabras nuevas y oraciones largas. Está escrito más bien para cualquier creyente que tenga mediana educación pero que al mismo tiempo tenga interés en conocer más acerca de su propia fe y de sus antepasados en ella. Y está escrito con miras particulares hacia estudiantes, profesores y profesoras, bibliotecas de iglesias, seminarios e institutos bíblicos, etc.

En todo caso, la literatura es más que palabras. La antigua literatura cristiana es el mejor modo que tenemos de entender y conocer las experiencias, las luchas y esperanzas de nuestros

antepasados en la fe. La literatura cristiana antigua nos sirve de ventana a través de la cual mirar hacia la Biblia misma y entender cómo la interpretaban y cómo la vivían esos antepasados nuestros. Aquí encontraremos los más antiguos escritos cristianos aparte del Nuevo Testamento. Aquí leeremos acerca de los primeros años de formación de la iglesia, algunos de ellos cuando todavía el Nuevo Testamento no había cuajado en lo que tenemos hoy. Aquí veremos que los problemas de la iglesia en Corinto no terminaron en tiempos de Pablo. Aquí escucharemos las apasionadas defensas de los cristianos que a partir del siglo segundo se dedicaron a defender su fe frente a las críticas que se hacían y frente a las leyes injustas que llevaban a la persecución. Aquí veremos la historia de los mártires que sufrieron bajo esa persecución. Aquí podremos leer algo de toda esa ficción que creyentes piadosos crearon en torno a las historias de Jesús y de los apóstoles: los evangelios apócrifos, los supuestos hechos de Andrés, de Juan, de Pedro, de Pablo, de Tomás, entre otros. Aquí aprenderemos algo acerca de otros libros apócrifos que pretendían ser obra de los primeros discípulos.

Más adelante pasaremos a los primeros grandes maestros de la iglesia, quienes le dieron forma a la teología cristiana, y escucharemos algunos de sus pensamientos expresados en sus propias

palabras. Iremos viendo cómo la iglesia cristiana, que al principio escribió casi todos sus materiales en griego, poco a poco los fue produciendo también en latín, y después en otras lenguas. Posiblemente nos sorprenderá el hecho de que por largo tiempo el centro de la teología cristiana en lengua latina no estuvo en Roma ni en Europa, sino en el norte de África. Allí, en el norte de África, exploraremos los esfuerzos de Tertuliano por expresar en lengua latina la fe que había escuchado en griego. Le veremos darles sentidos nuevos a viejas palabras latinas: persona, sustancia, y muchas otras, o sencillamente usar palabras griegas transliteradas al latín cuando no encontró mejores opciones. Le veremos tanto a él como a sus contemporáneos de habla griega defender la fe, no ya solamente contra quienes la atacaban desde el exterior, criticándola, diciendo que era cuestión de gentes ignorantes y acusando a quienes la seguían de toda clase de inmoralidad, sino también defendiéndola y definiéndola frente a las muchas tergiversaciones de que la hacían objeto maestros supuestamente sabios pero muy equivocados. Allí, en el norte de África, estudiaremos entre otros al famoso obispo Cipriano de Cartago, su defensa cuando se acusaba a los cristianos de haber traído la plaga, sus disputas con el obispo de Roma, que pretendía mandar sobre él.

Más adelante nos toparemos con la historia toda del emperador Constantino y los cambios que trajo a la iglesia, así como el modo en que esto afectó la vida y el pensamiento cristianos.

Aprenderemos de los grandes personajes que surgieron a raíz de los cambios traídos por Constantino: de Eusebio de Cesarea, quien con razón lleva el título de “padre de la historia eclesiástica”; de Atanasio, el gran defensor de la fe nicena frente al arrianismo; de los primeros monjes del desierto; de Macrina y sus hermanos Basilio el Grande y Gregorio de Nisa, así como del amigo y colaborador de ellos Gregorio de Nacianzo. Aquí seremos testigos de la obra de Ambrosio de Milán y de su valentía enfrentándose al emperador Teodosio. Aquí nos iremos al desierto junto a Jerónimo para verle traducir la Biblia al latín y colaborar con sus amigas Paula y Eustoquia. Seremos testigos de la disputa entre Jerónimo y San Agustín acerca de cómo traducir la Biblia. Iremos en peregrinación a tierra santa junto a Egeria. Veremos los comienzos de la literatura cristiana en otras lenguas como el siríaco y el copto. Al llegar a fines del siglo cuarto y principios del quinto, tendremos ocasión de estudiar la obra de San Agustín, también africano como Tertuliano, Cipriano y tantos otros. Le veremos luchar contra los muchos errores que pululaban en sus tiempos. Leeremos acerca de sus Confesiones, la primera y más antigua autobiografía espiritual en toda la literatura universal. Le acompañaremos a través de los años que le tomó escribir su magna obra *La ciudad de Dios*. Aquí aprenderemos de la labor

administrativa de León el Grande, de las epístolas que empleó en esa administración, de sus intervenciones en los debates cristológicos, y del modo inexplicable en que logró salvar a Roma de las huestes de Atila. Por la misma época leeremos también acerca de Juan Crisóstomo, posiblemente el más grande y más elocuente predicador de toda la historia cristiana. Y no solamente podremos gustar algo de sus sermones, sino que también le veremos oponiéndose a las injusticias de su tiempo y siguiendo un curso que a la postre le costó el exilio y la muerte.

Y por último, como puente entre aquella antigüedad y los tiempos que hoy conocemos como la Edad Media, estudiaremos la *Regla* de San Benito que le ha dado forma a buena parte de la vida monástica hasta nuestros días. Leeremos las cartas y tratados de Gregorio el Grande, que manifiestan a la vez su habilidad administrativa y su supersticiosa credulidad. Aprenderemos acerca de la gran obra enciclopédica que salvó para tiempos posteriores los conocimientos de la antigüedad, es decir, las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla.

Pero todo eso no alcanza siquiera a tocar los bordes de lo que aquí leeremos. A cada paso encontraremos palabras inspiradoras como las de Policarpo cuando se enfrentaba a las

autoridades imperiales, o las de Ignacio cuando iba camino al martirio en Roma.

Encontraremos frases que se han hecho lapidarias, como la de Tertuliano, que la sangre de los mártires es semilla, la de Ireneo, que Dios se hizo humano para que los humanos pudiéramos ser como Dios, la de Cipriano, que quien tiene a Dios por Padre ha de tener a la iglesia por madre, y la de San Agustín, que Dios nos ha hecho para sí, y nuestro corazón no descansará hasta reposar en él.

En esta historia se incluye además toda una serie de documentos que nos ofrecen un atisbo al culto de la iglesia antigua. Esto incluye la *Didajé*, todavía en el siglo primero, donde encontramos las más antiguas instrucciones que han llegado a nuestros días sobre el bautismo y su administración, así como de la Santa Cena o Comunión. E incluye también la *Tradición apostólica* de Hipólito, donde encontramos una detallada descripción de la administración del bautismo y de buena parte del resto del culto cristiano. Incluye los inigualables sermones de León, de Agustín y de otros, en los que con elocuencia y profundidad teológica relacionan las festividades cristianas con el texto bíblico y con las condiciones en que los creyentes vivían.

En breve, la literatura y su historia es posiblemente el mejor modo que tenemos para entender el pensamiento y la vida de la iglesia antigua. Es eso lo que intento ofrecer de manera resumida y fácilmente inteligible en este volumen que ahora lanzamos al público.

Pero la fe cristiana no es solamente pensamiento y doctrinas, sino que también es ante todo vida. Es vida que se nutre ciertamente de los pensamientos y de las doctrinas. Pero es también vida que se nutre del culto y las prácticas de adoración. Los historiadores de la iglesia y del pensamiento cristiano han llegado a la conclusión de que lo que más influye en la formación del pensamiento y de la vida de los creyentes no son las doctrinas que se les enseñan en forma abstracta, ni siquiera los sermones – por difícil que se nos haga admitirlo a nosotros los predicadores. Lo que más influye en la formación del pensamiento y de la vida de los cristianos es lo que hacen, dicen y repiten en la adoración. Por ello, hablar de literatura o de teología sin hablar del culto es dejar las cosas un poco truncas. Entre ambas cosas hay una relación simbiótica entre por una parte la literatura y la teología que en ella aparece, y por otra el culto que la expresa. Estas dos se afectan mutuamente, de modo que la teología le da forma al culto, y el culto a la teología.

Es por esto que en los últimos tiempos he escrito cuatro pequeños libros que se relacionan con distintos elementos del culto cristiano, particularmente en su antigüedad. Uno de ellos, sobre el domingo, fue publicado por la editorial Mundo Hispano antes que estos otros tres que presentamos hoy. De estos tres, uno trata sobre la Navidad, otro sobre la Semana Santa, y el tercero sobre la Oración del Señor. En cada uno de ellos, de diversas maneras, el lector o lectora encontrará cosas que le sorprenderán, así como cosas que le ayudarán a profundizar en el sentido y la importancia ya sea de la Navidad, o ya de la Semana Santa o de la Oración del Señor.

No podemos discutir aquí todo esto, pero sí podemos mencionar al menos uno o dos puntos importantes. Empecemos por la más antigua de las celebraciones cristianas, el domingo. Desde los mismos comienzos, cuando todavía la mayoría de sus miembros era de origen judío, la iglesia cristiana centraba su culto en la comunión o compartimiento del pan. Este tenía lugar el primer día de la semana, día de la resurrección del Señor. En este contexto, es importante entender que para los judíos el día comenzaba, no a la medianoche, como lo entendemos hoy, sino más bien a la puesta del sol, de modo que la puesta del sol del séptimo día o sábado era el

comienzo del primer día de la semana. Luego, aquellos primeros cristianos, en su mayoría de origen judío, tras salir de la sinagoga el séptimo día de la semana, el sábado, y después de la puesta del sol, se reunían para partir el pan en celebración de la resurrección de su Señor, que había tenido lugar el primer día de la semana. Pronto ese primer día de la semana vino a llamarse el “día del Señor”, la *kyriaka* o día del *Kyrios* en griego, o la *dominica* o día del *Dominus* en latín. Si el tiempo lo permitiera, podríamos decir más acerca de las tres razones principales por las que los cristianos pensaban que debían reunirse ese primer día de la semana. Podríamos señalar que lo que se dice acerca de que fue el emperador Constantino quien estableció el domingo como día de culto cristiano es totalmente falso. Constantino sí afectó el culto cristiano y lo que se hacía el domingo, pero lo que se dice en el sentido de que fue él quien hizo que los cristianos abandonaran el sábado no es cierto. Mucho más podríamos decir acerca del domingo, y más diremos mañana por la mañana en la convocatoria pública que la editorial Mundo Hispano ha hecho.

Los tres libros que hoy presentamos son semejantes al que trata sobre el domingo, pero se enfocan sobre otros tres elementos importantes en el culto cristiano. El primero de ellos es la

Oración del Señor. Empecemos por señalar que la antigüedad y uso común de esa oración era tal que tenemos de ella no solamente las dos versiones que aparecen en los evangelios de Mateo y Lucas, sino también otra casi tan antigua que aparece en la *Didajé*. En este libro que hoy presentamos leeremos palabras sabias acerca de esta oración modelo. Leeremos por ejemplo la explicación de Cipriano sobre por qué es que aun cuando estamos solos no decimos “Padre mío”, sino “Padre nuestro”. Leeremos acerca del uso que se hacía de ella en el culto. Leeremos acerca de valiosas y acertadas interpretaciones de cada una de las cláusulas de esa oración modelo.

Los otros dos libros, uno sobre la Navidad y otro sobre la Semana Santa, se refieren principalmente a los tiempos del culto, y en ese sentido son paralelos al libro sobre el domingo, aunque enfocándose no ya en el ciclo semanal, sino más bien en el ciclo anual. En el que trata sobre la Semana Santa podemos ver el proceso mediante el cual se pasó de un calendario eminentemente semanal a otro que tenía también una dimensión anual. Veremos cómo los días en torno a la Semana Santa, y no sólo la Semana Santa misma, reflejan el ciclo semanal – es decir, cómo todo el ciclo que va a desde Cuaresma hasta Pentecostés lleva todavía el sello de

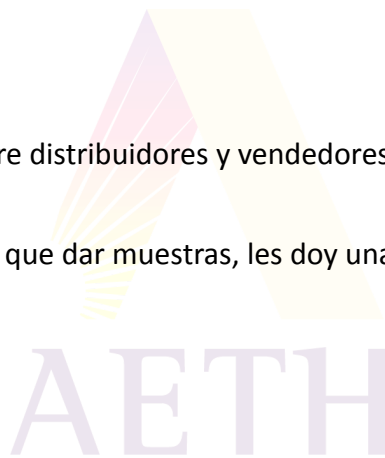
la celebración semanal de los primeros tiempos. Más adelante en el mismo libro leeremos también acerca de las disputas que surgieron en cuanto a la fecha del Domingo de Resurrección, así como de las prácticas que fueron surgiendo en torno a la Semana Santa. Veremos el lugar importante que vino a ocupar la ciudad de Jerusalén como sitio de peregrinaje, particularmente después de Constantino.

El tercer libro, sobre los orígenes y el sentido de la Navidad, bien puede sorprendernos, pues veremos que las fiestas navideñas surgieron en fecha muy posterior a la observancia del domingo y de la Semana Santa. Lo que es más, los orígenes de la Navidad se pierden en la penumbra de la historia, y el proceso de determinar las primeras fechas en que empezó a celebrarse a veces requiere seguir pistas y conectarlas como si fuéramos detectives al estilo de Sherlock Holmes.

Pero no hay que separar mucho esa historia del culto de la otra historia de la que hablábamos antes de la literatura. Una vez más, casi todo lo que sabemos acerca del culto cristiano antiguo lo sabemos debido a los escritos que nos dejaron los creyentes de entonces. La principal

excepción son algunas pistas arqueológicas. Luego, para entender y vivir algo del culto que practicaban aquellos nuestros antepasados en la fe no tenemos mejor recurso que escucharles en sus propias palabras. Por eso cada uno de los dos libros, uno sobre la Navidad y otro sobre la Semana Santa, tiene también al final una serie de escritos que dan testimonio vivo de lo que se dice en el texto mismo del libro, pero al mismo tiempo nos adentran en la fe de aquellos hermanos y hermanas de una manera que solamente ellos mismos pueden hacerlo.

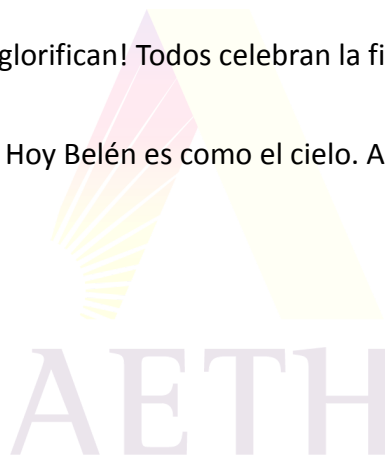
Por último, puesto que estoy entre distribuidores y vendedores, y ustedes saben bien que no hay mejor modo de hacer ventas que dar muestras, les doy unas pocas del libro sobre la Navidad:



Clemente de Alejandría: “¡Te damos la bienvenida, o luz! Porque la luz del cielo ha resplandecido sobre nosotros, quienes estábamos sumidos en las tinieblas, esclavos de las sombras de la muerte; una luz más clara que la del cielo, más dulce que la vida terrenal. Esa luz es la vida eterna. Quien la tiene, vive. Pero la noche le teme a la luz, y aunque se cubre de terror, tiene que cederle el lugar a la luz del Señor... Él ha cambiado el ocaso en amanecer.

Mediante la luz y al revivir lo que estaba muerto, ha librado al ser humano de la destrucción y le ha elevado a los cielos, convirtiendo la mortalidad en inmortalidad, y llevando la tierra al cielo”.

Juan Crisóstomo: “El canto de los ángeles resuena en mis oídos; y no es meramente un suave canto, sino que entonan un himno celestial. ¡Los ángeles cantan, los arcángeles se unen a sus voces, y los querubines alaban y glorifican! Todos celebran la fiesta, contemplando a Dios en la tierra y al humano en el cielo.... Hoy Belén es como el cielo. Allí desde lo alto de las estrellas se oye cantar a los ángeles...”.



San Agustín: “Regocíjese, pues, el mundo en las personas de los creyentes, por cuya salvación vino el Salvador al mundo. El creador de María nació de María; es hijo de David el señor de David; del linaje de Abraham quien existe antes que Abraham. El creador de la tierra fue hecho en la tierra; el creador del cielo fue creado bajo el cielo. Él es el día que hizo el Señor, y el Señor mismo es el día de nuestro corazón”.

Podría continuar dando ejemplos, pero como diría Ireneo, uno de los autores que se discuten principalmente en la *Historia de la literatura cristiana*, pero también en los otros libros, para saber que el agua del mar es salada no hay que beberla toda. Para hacerles ver las delicias que encontrarán leyendo estos nuestros antepasados en la fe tampoco tengo yo que leérselo todo. Lo que sí puedo hacer es invitarles a leer y a gustar por ustedes mismos.

Gracias.

